

# **Un país, más de dos sistemas. Una indagación sobre el desarrollo capitalista en China.**

Mateo Ramos Volk, Verónica Noelia Flores.

Cita:

Mateo Ramos Volk, Verónica Noelia Flores. (2007). *Un país, más de dos sistemas. Una indagación sobre el desarrollo capitalista en China. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/209>

**Un país, más de dos sistemas.  
Una indagación sobre el desarrollo capitalista en China.**

Mateo Ramos Volk, Verónica Noelia Flores.

Facultad de Filosofía y Letras, UBA  
Grupo de Estudios del Este Asiático (GEEA)  
Instituto de Investigaciones Gino Germani  
Facultad de Ciencias Sociales, UBA

[mareoramos@yahoo.com.ar](mailto:mareoramos@yahoo.com.ar)

[vnvflores@yahoo.com.ar](mailto:vnvflores@yahoo.com.ar)

Dado el carácter expansivo de su desarrollo, existe un reconocimiento generalizado del papel relevante que ha adquirido la participación de la economía china en el circuito de intercambio internacional. La continuidad de este proceso en el curso de las últimas décadas sugiere a su vez la integración de China como Estado-nación dentro del orden capitalista mundial, con las transformaciones fundamentales que a nivel social y económico supone esta pertenencia. Una mirada más atenta a su realidad interior, no obstante, nos revela una serie de elementos que hacen de esta formación social y política un caso singular, dado que en gran medida éstos operan a contramarcha –o por lo menos en decidida coexistencia- de esta tendencia más amplia que apunta a la homogeneización. Tratando de discutir estas premisas básicas, la pregunta general que organiza las hipótesis de este trabajo es de qué modo se desarrolla el capitalismo en China. Nuestro objetivo es delinear un marco de referencias para pensar sobre qué bases se expande tal desarrollo, con qué otras formas de organización social coexiste, se articula o compite, qué elementos permanecen en la renovación, cuáles son los cimientos del cambio. En función de estos ejes, nuestro análisis considerará como algunas variables de interpretación los modos de organización del trabajo, la residencia, la propiedad, el intercambio y el ejercicio de la autoridad; en un intento por presentar un paisaje un tanto más heterogéneo del interior de China.

Desde el año 1995 al 2006 la participación china en el comercio internacional ha aumentado de 280,5 mil millones de dólares a un sorprendente 1760,7 mil millones, lo que representa un crecimiento del 627 %. En el último año, China ha exportado a los Estados Unidos por un monto de 287,8 y mantuvo con la principal economía del mundo un balance comercial favorable de 232,5. Del mismo modo, ha sostenido con el resto del mundo un volumen de 177,5; destacándose entre los rubros preferenciales de exportación los de maquinaria y equipamiento, textiles, indumentaria deportiva y juguetes. Pero también ha ingresado en el mercado internacional como un importante comprador de materias primas y energía, explicando entre otras razones el alza internacional de los commodities, que ha favorecido en los últimos años a las economías menores.

Todos estos valores ejemplifican de manera clara la importancia que China ha ido adquiriendo en las últimas décadas, como actor relevante en el sistema capitalista mundial. Esta integración ha comportado la adhesión progresiva a instituciones y

normas jurídicas que reglamentan el funcionamiento del orden capitalista internacional. La incorporación a la OMC en el año 2004, la firma de tratados regionales tendientes a la edificación de un área de libre comercio, así como su mayor presencia en los organismos de control e integración mundial, son un reflejo de esta tendencia. Así mismo, este proceso de adscripción notoriamente ha sido acompañado por un incremento real en el peso político del país.

Retomando lo anterior, la participación china en el escenario internacional ha sido posible por un crecimiento sostenido de su Producto Bruto Interno (PBI) en un promedio del 10% en el término de los últimos 28 años, con un volumen de 2.512 mil millones de dólares. Esta cifra, es el resultado de una política estatal que, de manera gradual, ha generado una profunda transformación en el sistema organizacional de su matriz productiva y financiera, a partir de una modificación del sistema de relaciones de trabajo y gestión de la producción.

Las reformas iniciadas a fines de los años 70, con la incorporación del mercado como mecanismo de asignación y regulación de los recursos, ha transformado un sistema basado en el monopolio estatal de la planificación en otro regido por la competencia mercantil y el beneficio. Las conocidas reformas iniciadas por Deng Xiaoping repercutieron en un aumento de la productividad en los sectores estatal y no estatal a través de la abolición del sistema de colectivización agrícola, la liberalización del mercado de trabajo, una mayor autonomía del sector estatal y no estatal en la gestión empresarial, el incentivo a la radicación de capital extranjero en zonas especiales, la profundización de la descentralización fiscal y la liberalización de los precios de bienes productivos y de consumo.

Si bien el desarrollo ha sido visible y sostenido, no puede afirmarse que haya sido equilibrado, en tanto existen notables diferencias en el ingreso per capita entre la costa y el interior y entre las áreas rurales y urbanas. El desarrollo de las comunicaciones, la manufactura y los servicios estimularon el consumo y transformaron la fisonomía de las grandes ciudades.

Siguiendo el criterio de clasificación estadístico chino, previo al reconocimiento jurídico de la propiedad privada en las zonas urbanas, es posible distinguir organizando los factores de producción un sector estatal -cuyo tamaño ha ido decreciendo tendencialmente en los últimos años, aún cuando permaneció dominante durante el período temprano de la reforma-<sup>1</sup>; un sector mixto –constituido por el Estado y capitales extranjeros-; y un sector no estatal –conformado por empresas cooperativas y colectivas-. Este sistema modélico clasifica una realidad empírica que resulta más compleja, si tomamos en consideración la real división del trabajo -basada en las ocupaciones de carácter manual e intelectual- y en cómo ésta de manera dialéctica revierte en un reordenamiento de las relaciones de propiedad.

No obstante, nada de lo antedicho podría explicarse sin atender a la interdependencia recíproca entre el capital y las condiciones de existencia en China.

---

<sup>1</sup> La más notoria conversión de este sector se produjo a mediados de la década del noventa, con la transferencia accionaria de las denominadas “empresas pequeñas y medianas” al control directo por parte de cooperativas de trabajadores y antiguos gerentes estatales; lo que significó de modo más encubierto un paso decisivo hacia la privatización de las mismas.

Una singular distribución demográfica describe un paisaje rural ocupado por el 62% de la población. Si bien la penetración del capital se ha manifestado de manera profunda en el interior del país, perviven aun formas de sociabilidad no mercantilizadas, que organizan espacios de producción e intercambio que obedecen a una lógica de racionalidad diferente a la capitalista. Al reconocerse aun una porción significativa del producto del trabajo rural condicionado a la esfera del consumo doméstico, no sujeto a la transferencia hacia el sector capitalista -es decir no convertible a valor de cambio como mercancía- y donde el trabajo no ha asumido un carácter abstracto sino que mantiene una relación directa con su potencia transformadora, consideramos que conviven formas de organización en apariencia contradictorias, aunque capaces de reproducirse sin anularse mutuamente. Es necesario por tanto intentar explicar algunas variables de dicha dinámica, no a partir de la sustitución de un modo por otro. No es en la superposición fenoménica donde reside la medula del problema, sino en la comunicación de sentidos y propósitos que posibilitan y realizan el cambio, institucionalizando formas transicionales.

Si consideramos como premisa que el modo de producción capitalista ha reemplazado en forma acabada a otros modos, sustituyéndolos en su funcionalidad y capacidad de mantenerse como mecanismos de control e integración social, tendríamos como resultado un estado de homogeneidad que enmascara una realidad más compleja. Seríamos, entonces, incapaces de extraer de la realidad su sustancia real.

De modo diferente, si atendemos al hecho que el 47% de la población económicamente activa mantiene una relación estrecha con la tierra de labranza familiar, y que este vínculo modela sus registros cotidianos de existencia aun cuando conviven con empresas organizadas de forma capitalista; damos lugar a la posibilidad de restituir historicidad a un complejo entramado de experiencias individuales y colectivas, que los modelos sincrónicos o historicistas han negado.

De acuerdo al modelo teórico de Samir Amin,

“Las formaciones capitalistas están todas caracterizadas por la predominancia del modo de producción capitalista. Sin embargo, esta predominancia no excluye una gran diversidad de manifestaciones, según si estas formaciones capitalistas son centrales o periféricas. (...) La generalización de la forma mercantil del producto atribuye al modo de producción capitalista un poder disgregador frente a los otros modos de producción a los que se opone. Mientras las formaciones sociales precapitalistas se caracterizan por la coexistencia estable de modos diversos, articulados y jerarquizados, el modo capitalista destruye los otros modos. Se caracteriza por la tendencia a convertirse en exclusivo, tendencia que presupone, además, la extensión y profundización del mercado interno. Así ocurre en las formaciones capitalistas centrales. En las formaciones periféricas, de hecho, el modo capitalista dominante somete a los otros y los transforma, privándoles de su funcionalidad y sometiéndoles a la suya, sin disgregarlos o destruirlos radicalmente.”<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Samir Amin, *Sobre el desarrollo desigual de las formaciones sociales*, p. 75 y 76. Amin escribió estas palabras a fines de los años sesenta en plena formación del Tercer mundo, producto de un acelerado proceso de descolonización. Entonces, la problemática central era explicar qué había dejado y qué se había llevado la

La interpretación de Amin apunta, desde un ángulo descendente a explicar la construcción de una formación social a partir de la dominación de los modos de producción de base por parte de un sistema superestructural que asume la forma del Estado. No obstante, esta dominación no habilita un estado de acumulación que lo consuma totalmente. En este sentido, el dispositivo conceptual que introduce, nos es útil para observar la articulación entre varios modos de producción dentro de la misma formación social -unos concurriendo a sostener la acumulación de los otros-; en el caso chino, cómo la comunidad aldeana persiste reproduciendo su equilibrio y cómo a la vez contribuye a la acumulación capitalista que la subordina y resignifica.

Desde otra perspectiva, Claude Meillassoux analiza esta misma forma de articulación, aunque desplazando el foco de atención hacia el nivel de la reproducción de la fuerza de trabajo que se incorpora al mercado capitalista. Identificándolo como un modo de producción específico y anterior, sitúa este proceso al interior de las comunidades domésticas. “Se trata de reconocer que hasta el presente las relaciones domésticas y la familia han intervenido como relaciones necesarias al funcionamiento de todos los modos de producción históricos posteriores a la economía doméstica”<sup>1</sup> La unidad familiar preserva una lógica interna de funcionamiento que le otorga una racionalidad propia capaz de adjudicarle viabilidad económica, aun cuando ésta en muchos casos solo garantiza su autoreproducción.

“Su capacidad [del modo de producción doméstico] para producir y reproducirse de manera coherente y ordenada, y especialmente para perpetuarse sin ejercer violencia sobre formas subordinadas de organización social, lo condenaron a todas las explotaciones. Sobre la economía doméstica se construyeron todas las anteriores, desde la economía aristocrática hasta el capitalismo, e incluso la esclavitud que, por ser su negación, solo puede existir por ella. Pero aplastada, explotada, dividida, inventariada, tasada, reclutada, la comunidad doméstica vacila, pero sin embargo resiste, pues las relaciones domésticas de producción no han desaparecido totalmente. Subyacen aun millones de células productivas insertas de diversa manera en la economía capitalista, produciendo sus sustancias y sus energías bajo el peso aplastante del imperialismo. Gobiernan, en las sociedades más avanzadas, las relaciones familiares, base estrecha pero esencial de la producción de la vida y de las fuerzas de trabajo.”<sup>2</sup>

---

experiencia colonial en los territorios dominados y hasta qué punto el capitalismo y la sociedad burguesa habían capilarizado a estas sociedades. En la emergencia de los nuevos estados, existía una realidad compleja en la que lo tradicional y lo moderno, lo comunitario y lo individual, lo rural y lo urbano se imbricaban en un sistema de dominación social funcional al sistema colonial, percibido como base del subdesarrollo. La tarea intelectual en ese momento era entender sus determinaciones para poder plantear un modelo de estado capaz de generar condiciones sociales, económicas y políticas progresivas.

Por lo tanto, pensando en la vinculación de estados centrales y periféricos en el marco de un proceso de descolonización aun no concluido, Samir Amin percibió cómo especialmente en África las formas coloniales del capitalismo se articulaban en el interior de la formación social con otros modos de producción, que en su momento caracterizó como tributarios o comunitarios.

<sup>1</sup> Claude Meillassoux, *Mujeres, graneros y capitales*, SXXI, 1971. Pp. 10 y 11.

<sup>2</sup> Op. cit. p. 127.

La capacidad de las unidades agrícolas familiares para transformar la naturaleza a partir del trabajo de sus miembros, es decir para producir sus propios medios de subsistencia, pone de manifiesto que tal posibilidad de sobrevivencia o auto reproducción no depende totalmente del mercado capitalista.

“...Es mediante la preservación de un sector domestico productor de alimentos como el imperialismo realiza y sobre todo perpetua la acumulación primitiva. Por lo tanto, no es a nivel de ´alianza de clases` entre capitalistas y jefes de linajes corrompidos como se articulan los modos de producción, sino de manera intima y organizada en el plano económico. En el origen el contacto es sin equívoco entre dos modos de producción, uno dominando al otro y comprometiéndolo en un proceso de transformación.”<sup>1</sup>

Sin negar la relación de la sociedad campesina con el mundo ajeno al marco social y económico de la aldea, las diferencias internas en cuanto clase o las formas que adquiere el poder político institucionalizado a instancias mayores, esta forma de organización prevalece en su escala posibilitando la integración espacial y cultural de las familias campesinas.

La pequeña propiedad familiar permanece sujeta a las reglas de funcionamiento de la comunidad aldeana, quien otorga los derechos y regula el acceso y la distribución de la tierra, el crédito y los instrumentos de trabajo. La explotación campesina se integra al sistema económico capitalista que coexiste con ella a través del crédito y la circulación de mercancías, pero se contrapone a la explotación capitalista, en tanto utiliza la fuerza de trabajo de sus propios miembros u ocasionalmente de trabajo ajeno, mientras que la última se basa en la explotación de un mercado de trabajo extendido, basado en la mano de obra libre, asalariada.

“Mientras persisten las relaciones de producción y de reproducción domésticas, las comunidades rurales en transformación permanecen cualitativamente diferentes del modo de producción capitalista. Mediante este proceso, en esencia contradictorio, el modo de producción domestico es preservado y destruido; preservado como modo de organización social productor de valor en beneficio del imperialismo, destruido pues se lo priva a plazo fijo, mediante la explotación que padece, de los medios para su reproducción. En tales circunstancias, el modo de producción domestico es y no es (...) No es la destrucción de un modo de producción por otro, sino la organización contradictoria de las relaciones económicas entre ambos sectores, capitalista y domestico, uno preservando al otro para extraerle su sustancia y, al hacerlo, destruyéndolo.”<sup>2</sup>

En China este proceso se ha desarrollado a través de diferentes formas. Las reformas de fines de los años setenta, generaron una serie de modificaciones importantes en el sector agrícola. La transformación en el funcionamiento interno de la aldea, restituyó en cierta medida al campo una fisonomía aparentemente tradicional, sobre todo a partir de la recomposición de la parcela privada y la disolución de los sistemas colectivos de trabajo. Pero no se trató de un mero retorno a las formas prerrevolucionarias ya que el estado central no cedió sus derechos jurídicos sobre la tierra, sino que impuso fuertes

---

<sup>1</sup> Ibid. p. 140.

<sup>2</sup> Ibid. p.. 141.

restricciones a la privatización del factor, bloqueando un desarrollo acelerado del capitalismo agrario, tendencia que se encontraba presente, claramente en China desde principios del siglo XX.

Durante el periodo maoísta el sistema de sueldos por jornada estableció una mediación entre el productor directo y el producto. La brigada como unidad contable, representaba en forma colectiva al propietario quien redistribuía la participación en la producción entre sus miembros a partir de una equivalencia no mercantil, establecida administrativamente. Aun así, el sistema colectivo no fue enteramente una negación de la unidad familiar como organizadora del trabajo y el consumo, ya que en última instancia en la desagregación del sistema (de la comuna a la brigada y de ésta al equipo) tenemos, en la base, un conjunto de familias vecinas organizadas y responsables de una tarea concreta.

A mediados de la década del cincuenta la formación de las granjas colectivas transformó el sistema de propiedad aldeano, pasando de un sistema de gestión individual a otro colectivo. No obstante la profunda dislocación del sistema de dominación interior con la erradicación de las diferencias de clase, no implicó una destrucción del marco de sociabilidad delimitado por la aldea. En dicho proceso podemos encontrar un desarrollo espacial constreñido a los límites propios de la comunidad. Por tanto, si bien los lineamientos políticos fueron trazados por la planificación del Partido Comunista Chino, el desarrollo específico siguió una dinámica endógena, que no disolvió los vínculos de base.

Las reformas iniciadas por Deng Xiaoping, a nivel rural desmontaron el sistema colectivo, a partir de la erradicación de las comunas. Las brigadas, que operaban administrativamente a nivel aldeano, fueron las encargadas de realizar la descolectivización al redistribuir la tierra y los bienes de trabajo a sus familias componentes. El “sistema de responsabilidad familiar por contratos” establecido desde entonces, reconoció implícitamente el derecho de propiedad de la tierra a las comunidades aldeanas, mientras le otorgaba su usufructo a las unidades familiares. Esto descentralizó el control del proceso de trabajo, adjudicándole a cada unidad la capacidad de disponer libremente de su propio trabajo, volumen de tierra y excedente. La recuperación de la parcela “privada” como unidad fundamental del sustento doméstico, en contraposición al sistema de sueldos del período maoísta reorientó el sentido de la circulación del producto a partir de un cambio de la organización de la producción.

La redistribución de los medios de producción y trabajo colectivizados a mediados de los cincuenta, restituyó a las unidades familiares la potestad discrecional en el trabajo agrícola. Como consecuencia el carácter total del volumen de producción agropecuario sufrió una transformación tendiente a satisfacer, por una parte el consumo para la autosubsistencia y por otra parte las demandas del mercado urbano e industrial. Las familias como productoras independientes se enfrentaron a la condición de garantizar su reproducción material a la vez que veían posible una expansión de sus niveles de consumo y actividades económicas. La desregulación de la propiedad fue a su vez una desregulación del trabajo, que durante el período colectivo se mantuvo sujeto al control político del partido. La institución familiar arrojada al imperio de la necesidad, plenamente dueña de sí, recobra el control tiránico sobre sus miembros, pero a su vez

las limitaciones ecológicas de su desempeño la disgregan al imponerle una lógica mixta de reproducción.

La presión demográfica sobre una tierra cultivable que no puede aumentar más sus rendimientos por incorporación de nueva fuerza de trabajo incentiva a las familias a colocar brazos fuera del campo, en busca de complementar o ampliar el ingreso doméstico.

La participación creciente en la economía de mercado, fundamentalmente viabilizada a partir de la venta de una parte del producto en “mercados libres campesinos”, fomentada por la desregulación de los precios agrícolas y de bienes manufacturados, desencadenó un movimiento tendiente a la transferencia de excedentes desde el sector no capitalista al sector capitalista. Dicho movimiento fue estimulado por el aumento de la oferta de bienes de consumo. La productividad del trabajo entró en contradicción con sus propias capacidades al confrontar su potencia con las condiciones materiales (el límite reducido de las parcelas sobre una frontera agrícola imposible de extenderse) en la medida en que la autoexplotación tenía como destino posibilitar la participación en el consumo de bienes urbanos. El subempleo rural es un resultado de la transformación en las condiciones internas de la reproducción social de la familia y la aldea, donde las relaciones mercantiles han comenzado a permear las lógicas más íntimas del comportamiento económico del campesinado.

Como consecuencia de la profundización de este fenómeno en las áreas rurales, China ha sido testigo en los últimos años de un flujo migratorio interno, que ha hecho visible el desplazamiento de cerca de cien millones de trabajadores hacia las zonas con mayor dinamismo económico del país. Esta población flotante, víctima del desarraigo y la marginación de los sistemas de seguridad social en las ciudades, se dirige a nutrir la demanda de mano de obra barata para el crecimiento pujante de los sectores de la industria, construcción, comunicaciones y servicios. Se trata de una situación ambigua, en tanto esta población que ha perdido los lazos de solidaridad directa con sus comunidades de origen, aun mantiene un vínculo jurídico y en muchos casos emotivo con éstas.

Paradójicamente, la recomposición de la autonomía familiar que posibilita el surgimiento de la iniciativa privada en el campo, fortaleciendo su capacidad económica y estimulando sus posibilidades creativas para mejorar sus condiciones generales de vida, es a su vez el principal factor que contribuye de manera decidida a su debilitamiento y disgregación. Al ligar su lógica de producción al mercado, destruye sus fundamentos.

El sector moderno surge y se desarrolla amparado por el tradicional, como una fuerza paralela que se presenta a sí misma como complementaria de los ingresos materiales de las familias.

Si bien no existe una demanda significativa desde el mercado internacional para su producción agrícola, los campesinos chinos se encuentran integrados a él a partir de su condición de trabajadores fabriles. En este sentido, las condiciones en que se organiza la producción generan una doble vía de ingresos; por una parte a través del salario que reciben a partir de la venta de su fuerza de trabajo en el sector capitalista y por otra parte, a través de la producción de valor en el marco de la economía doméstica.



Los campesinos mantienen plena autonomía de decisión sobre el producto de su trabajo, mientras su subjetividad se liga de manera directa a la propiedad de la tierra. No obstante, como producto de la complejización de la vida social, al quedar restringido el acceso a las condiciones naturales de producción o al extenderse sus necesidades de reproducción –que supone un mayor costo de vida de los sujetos sociales-, el ingreso proveniente de los salarios adquiere cada vez mayor relevancia.

Las EMAs (empresas municipales y aldeanas) surgen como una respuesta tanto a la demanda como a la oferta de trabajo rural excedente. Ambas lógicas, la del capital y la aldeana, se articulan generando un resultado en común. El emprendimiento productivo satisface la acumulación de riqueza, y a la vez permite el sustento económico de las aldeas.

Estas empresas funcionan en el marco de los gobiernos de aldea o entramado de aldeas a través de los municipios, movilizándolo el mercado de trabajo a nivel regional. Su producción, no obstante, se canaliza más allá de esta espacialidad vinculándose con el circuito económico internacional. Las EMAs aparecen subordinadas a la lógica doméstica, pero a medida que se expanden, con su potencial productivo terminan por reducir al paisaje y la sociedad rural a sus necesidades, convirtiéndose en el vértice de la acumulación originaria.

La intención de este trabajo ha sido el planteo inicial de algunas premisas para la construcción de un punto de vista que considere a China en su especificidad. Teniendo en cuenta esto, nos hemos limitado fundamentalmente a considerar algunos aspectos de la relación entre el desarrollo capitalista y su penetración en la sociedad rural. Si bien el tema general que recorta nuestra mirada reside en la articulación de modos de producción distintos, el problema que nos ocupa es de carácter sociogenético, por tanto consideramos necesario para comprender el cambio acercarnos a los elementos constitutivos del proceso. En esta instancia de nuestro plan de trabajo, elaboramos un conjunto de hipótesis que actúan como corpus para nuestro proyecto de investigación más amplio.

¿Es legítimo pensar que el capitalismo es un sistema? Sin duda, las condiciones particulares de China nos revelan más de dos sistemas económicos y políticos superpuestos, definidos por una disposición jurídica desde el Estado. Optamos por pensar que no existe una barrera divisoria entre una China capitalista y una China socialista, disputándose espacios de control, sino más bien que opera en la realidad una diversidad de formas de organización que se entretajan contradictoriamente. El aparentemente incontenible desarrollo económico de China, ¿hubiese sido posible sin la autoexplotación de su sociedad rural? ¿Acaso habrá que trazar un nuevo mapa de las periferias o recuperar uno muy antiguo?

## Bibliografía:

- Paul Bowles y Xiao Yuan Dong, "Éxitos actuales y futuros desafíos en las reformas económicas de China", *URSS y Rusia: Ruptura histórica y continuidad económica*, Actuel Marx, Ed. K & Ai, 1998.
- Samir Amin, *Sobre el desarrollo desigual de las formaciones sociales*,
- Durston, "Clase y cultura en la transformación del campesinado", *Revista de la CEPAL*, 16, 1982, pp. 155-177.
- John King Fairbank. *China. Una nueva historia*. Ed. A. Bello, 1992.
- Karl Marx, *Formaciones económicas precapitalistas*, Ed. Polémica, 1974.
- Maurice Meisner, *La China de Mao y después. Una historia de la República Popular*, Ed. Comunicarte, Colección Rojo y Negro, 2007.
- Claude Meillassoux, *Mujeres, graneros y capitales*, SXXI, 1971.
- Powell, J. D. "Sobre la definición de campesinos y sociedad campesina", en L.J. Bartolomé (eds.), *Estudios sobre el campesinado latinoamericano. La perspectiva de la antropología.*, Bs. As., Periferia, 1974, pp. 45-53.
- Paul Bailey, 2002, *China en el siglo XX*, Cap. VII "El orden posmaoista" (pag. 211-245)
- Redfield, R.. *Peasant society and culture*, Chicago, University Press, 1956.
- Schejtman, A. "Elementos para una teoría de la economía campesina" en *Trimestre Económico*, 166, 1975, p.487-508.
- Kate Xiao Zhou, *How farmers changed China*.
- Louis Putterman "The Role of Ownership in China's Economic Transition", *The China Quarterly*, diciembre de 1995.
- Rafael Poch de Feliu, "El gran giro rural de China", *La Insignia*, abril de 2006.